

Zhu Wen, Han Dong, Gouzi, Lu Nei,
Wei Wei, Lu Min, Sheng Keyi, Cao Kou,
Ah Mei, Ah Yi

Después de Mao

Narrativa china actual

Selección, traducción y prólogo
de Miguel Ángel Petrecca



Adriana Hidalgo editora

Después de Mao : narrativa china actual /
Wen Hui ... [et.al.] ; compilado por Miguel Ángel Petrecca. - 1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2015
302 p.; 19x13 cm (narrativas)
Traducido por: Miguel Ángel Petrecca
ISBN 978-987-3793-15-8
I. Narrativa China. I. Wen Hui II. Petrecca, Miguel Ángel, comp.
CDD 895.1

DESPUÉS DE MAO

narrativas

Traducción: Miguel Ángel Petrecca

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina

1ª edición en España

© de los cuentos: sus autores
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2015
www.adrianahidalgo.com

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-3793-15-8

ISBN España: 978-84-15851-54-7

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

Esta antología de diez narradores chinos nacidos entre 1960 y 1980 quisiera funcionar como una posible puerta de entrada al rico y todavía poco conocido mundo de la narrativa china contemporánea. No se aspira a dar un panorama general, ni mucho menos a representar todo el arco de la producción existente, sino simplemente a presentar al lector de habla hispana un puñado de relatos que tienen la doble virtud de su intensidad literaria y de condensar ciertos mundos e imaginarios chinos contemporáneos.

Los relatos elegidos, y la producción más general de la que son una muestra, pueden ser ubicados en el contexto de la historia china reciente, y específicamente del período abierto tras la caída de Mao a partir de las reformas económicas iniciadas por Deng Xiaoping. A fines de los 70, mientras las universidades volvían a funcionar normalmente después de una década de Revolución Cultural y al tiempo que Deng Xiaoping sugería que “enriquecerse es glorioso”, China se embarcaba en un proceso de desmantelamiento de las premisas y la estructura de la economía socialista, así

como de los beneficios y certidumbres asociados a ella. Algunos comenzaban, en efecto, a enriquecerse, otros eran cada vez más pobres, y todos sin excepción veían su mundo dado vuelta.

Los 80 son una década de febril actividad literaria, política e intelectual, que hace recordar en buena medida a la escena literaria e intelectual del Movimiento de la Nueva Cultura, cuyo epicentro es el Movimiento del cuatro de mayo de 1919. La agitación política y la actividad intelectual, como en los años posteriores a ese movimiento, aparecen íntimamente entrelazadas. La narrativa de esta década está marcada por una búsqueda de reflexión sobre la cultura y la tradición propias, como se ve en las novelas de ambiente rural de la literatura de las raíces; pero también por el surgimiento de un nuevo realismo y por el intento de procesar el trauma de la Revolución Cultural, que continúa la reflexión iniciada a fines de los 70 por la *literatura de las cicatrices*. Asimismo, la traducción y acceso a zonas amplias y hasta entonces inexploradas de la literatura occidental tuvo un impacto visible, sobre todo entre los escritores llamados *de vanguardia*. La década del 80 alcanzó un final abrupto con la trágica represión de las manifestaciones de la plaza Tian'anmen. Con ella concluía también una idea del lugar que podía ocupar la literatura dentro del marco más amplio de la sociedad.

A comienzos de los 90, luego no sólo de Tian'anmen sino de la caída del régimen soviético, China se encon-

traba en una encrucijada. ¿Le esperaba al Partido Comunista el mismo destino que a su par soviético? ¿Debía dar vuelta atrás con las reformas iniciadas en 1978? La opción que se impuso significó una apuesta por la profundización de las reformas y el mantenimiento del férreo control del Partido sobre la política y sobre sectores claves de la económica y la sociedad. La decisión se reveló acertada, en la medida en que logró conservar y consolidar el poder del Partido, a la vez que se embarcaba en un proceso de transformación inédito. Durante la década de los 90 las ciudades chinas, que son el escenario de muchos de estos cuentos, experimentaron cambios vertiginosos. Es un poco lo que registra Han Dong en su relato, de mediados de esa década, donde da cuenta tanto de la violenta transformación del paisaje urbano como del choque entre la cultura urbana y campesina. Lo mismo en el relato de Gouzi, cuyo escenario es una ciudad (y una historia) en ruinas, en el de Lu Min, donde se juega la memoria de la ciudad y su devenir extraña, y en el de Cao Kou, que tiene lugar en una de las pujantes megalópolis de la costa este.

Una buena parte de los autores de esta antología, como el mismo Han Dong, Zhu Wen, Wei Wei y otros, comenzaron a escribir ficción en este contexto en el cual el estatuto mismo de la literatura y del escritor había cambiado radicalmente. La década del 90 implica la creación de un mercado literario y por ende de una nueva figura de escritor profesional que puede apuntar

a vivir de la venta de sus obras. Aunque las editoriales seguían estando en manos del Estado y la censura sobre ciertas áreas sensibles continuaba vigente, la aparición de este mercado permite un grado de autonomía creciente de la literatura. Para los más jóvenes, como Cao Kou, Ah Yi y Ah Mei, resulta igualmente clave la aparición de Internet. El itinerario habitual de aquellos que empezaron a escribir en torno al 2000 tiene su punto de partida en blogs y en revistas virtuales que les permitieron crearse un público lector y preparar su salto a la publicación en papel.

Como sugerí antes, uno de los posibles denominadores comunes para estos relatos es la presencia en la mayoría de ellos de un fuerte elemento urbano, vinculado a un giro importante en la literatura china de la década del 90 a esta parte, que la separa de su anterior devenir. La ciudad no solamente como escenario neutral de una trama, sino como medio hostil y metáfora de una pérdida de referencias. Los une, asimismo, la presencia de personajes en tensión con un entorno que los desorienta, los amenaza o directamente los niega: perdedores, marginales, jóvenes campesinos en medio de una ciudad monstruo, un poeta que colecciona escombros de su ciudad, una embarazada atrincherada en su apartamento, un viejo al borde de la obsolescencia, etc. Esa tensión es tal vez la marca de una literatura poseída por una cierta voluntad realista, capaz de asimilar la distorsión y devolverla multiplicada.

Este libro es en gran medida el producto de una estancia en China entre diciembre de 2012 y mayo de 2013. Esos casi seis meses fueron fundamentales para realizar la selección de los textos e ir definiendo la perspectiva y el marco de la antología, trabajo que hubiera sido imposible sin las recomendaciones de autores y amigos, que me permitieron orientar mis lecturas dentro de la producción contemporánea. También fue valiosa la posibilidad de conocer personalmente a algunos autores y trabajar con ellos cuestiones de la traducción, como sucedió con Gouzi, quien luego de unas horas de generosa conversación en una casa de té me invitó a una cena con sus amigos en un restaurante del este de Pekín, en una atmósfera similar a la del Tianchuan de su relato. O como Cao Kou, a quien visité en su casa de Nankín. Otros, como Wei Wei, Lu Min, Lu Nei y Ah Yi, se prestaron amablemente a mis consultas a través del e-mail.

Si el trabajo de selección comenzó en China, y específicamente en Shanghai, donde pasé la mayor parte de esos seis meses, el grueso de la traducción y parte de la selección terminó mucho después, ya fuera de China. Cada vez que me ponía a traducir o a corregir la traducción, sin embargo, era como volver un poco a mi apartamento del barrio de Zhabei, en Shanghai, cuya ventana se abría a un paisaje siempre inquietante: en el horizonte, los rascacielos de Pudong, brillando de noche desde la otra orilla del río; alrededor, un océano de techos bajos de teja negra, desde donde subían los olores

de la comida callejera, las bocinas de las motos y los gritos en mandarín y en shanghainés. Entiendo que ese paisaje, o el deseo de traducir ese paisaje y la sensación que provocaba, puede haber orientado silenciosamente el trabajo de selección y traducción.

París, 28 de febrero 2014

UN PEQUEÑO CUENTO PARA ZHANG DENG

ZHU WEN

El hexagrama 59 de El libro de los cambios, “la inundación”, muestra el viento moviéndose sobre el agua y representa, como casi todo en este libro, un signo ambivalente: la inundación destruye pero también regenera, borra fronteras, elimina lo viejo y lo rígido, y permite el surgimiento de lo nuevo. Alrededor de Zhang Deng, el joven e inexperto protagonista de este cuento, todo el mundo se prepara para la mayor inundación del siglo. Zhang Deng en cambio es escéptico o, en todo caso, tiene otras cosas de las que preocuparse y otras lecciones que aprender. No basta con haber aprendido a aceptar la contradicción. También es necesario aprender a actuar contradictoriamente o a lograr un equilibrio entre el impulso y el autocontrol, por lo pronto. Y descubrir que existe siempre un resto que permanece fuera de control. De ahí que este sea un cuento acerca de aquello que se espera y no llega, y de lo que llega cuando menos se lo espera.

La poca experiencia que había acumulado en su vida le había bastado a Zhang Deng para darse cuenta al menos de algo: que el mundo siempre te da dos cosas contradictorias. La tarea de uno es intentar equilibrarlas y resolver la contradicción para construirse de esta forma una vida. Cada etapa tiene sus propios problemas, bien concretos, nada triviales. Por supuesto, también había días en los que no percibías ningún problema, días que no te daban nada pero tampoco te obligaban a soportar nada. Esos eran también los más agotadores, no dejaban ningún rastro en la memoria. Sólo podías dormir y soñar para hacer que el tiempo pasara.

Llovía torrencialmente desde hacía un mes y el gobierno ya había comenzado a movilizar todos sus recursos para enfrentar el riesgo de las inundaciones. Desde diversas partes llegaban informes sobre la situación catastrófica de las zonas más bajas. Se decía que las lluvias habían provocado la crecida más peligrosa de los últimos cien años, y todo el mundo sentía que había llegado el momento de preocuparse, aunque nadie sabía bien cómo. Zhang Deng era un joven de poco cabello. Al igual que muchos otros miembros de la Liga de la Juventud del Partido, se inscribió como voluntario en las Brigadas Juveniles de Emergencia, lo

cual implicaba hacer la guardia nocturna una vez por semana en el Cuartel General de Prevención de las Inundaciones. Aunque no creía en la inundación (y los hechos parecían avalarlo), la actividad no le disgustaba. Era sólo un puñado de jóvenes con exceso de energía atendiendo el teléfono y jugando a las cartas bajo la luz de una lamparita de 100 watts. Cada vez que salía al baño, llevaba una linterna de cinco pilas para dar una vuelta por la orilla, luego volvía a jugar a las cartas, o se tiraba a dormir sobre el catre metálico. En general, sin embargo, no les gustaba dormir, porque el Cuartel General estaba instalado en unas barracas temporarias, atestadas de mosquitos; había tantos que escupiendo en cualquier dirección uno podía estar seguro de darle a alguno. Tampoco servía prender el espiral: si te acosabas, los mosquitos se abalanzaban sobre tu cuerpo, te llevaban de vuelta a la mesa y no te quedaba otra que aguantar despierto. Sólo ahí los mosquitos no te molestaban (lo cual era algo extraño). Por eso, lo mejor era seguir jugando a las cartas. A la medianoche, venía la colación. En general, carne y cerveza, y si no había carne, entonces patas de pollo o pescado. Cuando terminaban de comer seguían jugando. Jugaban la otra mitad del turno, hasta la hora del desayuno, que era traído (al igual que la colación) por otros miembros de las Brigadas de Emergencia, al parecer menos afortunados que ellos. El desayuno consistía en sopa de arroz, pan frito, huevos y bastones de zanahoria con picante.

En principio, luego de desayunar ya estaban libres para volver a casa a dormir, y además de día ya no se trabajaba, eso seguro.

Zhang Deng era más bien introvertido y nervioso, pero durante el tiempo en la Brigada aprendió no pocas jugadas de póker y comenzó a tomarle el gusto a ese tipo de vida. Los miembros del equipo venían todos de diferentes trabajos y no tenían relación entre sí; era como si se hubieran reunido ahí para jugar a las cartas. A medida que interactuaba con los otros se fue relajando e incluso comenzó a ser capaz de hablar por iniciativa propia. Hablaba alto a propósito y eso le generaba excitación. Cuando eran muchos por lo general no le tocaba jugar, sólo podía quedarse observando a un costado de la mesa, pero aun así su interés no decaía y festejaba con entusiasmo las victorias de los otros. Se daba cuenta cuando alguien jugaba bien, y al hacerlo se ponía contento. Una de esas veces, en medio del alboroto, aprovechó para manotear un cigarrillo de la mesa. Ese cigarrillo era gratis. Cada noche, sobre la mesa, había siempre dos cajas: fumaban todos de ahí y cuando se terminaban esas dos cajas se terminaba el tabaco. Encendió tosiendo el cigarrillo, sosteniéndolo rígidamente entre el índice y el medio, y lo fumó entero, al borde de las lágrimas. Nadie se dio cuenta entonces, pero ese fue el primer cigarrillo de Zhang Deng: un cigarrillo amargo y áspero. No le había producido el más mínimo placer.

Zhang Deng se ofreció a hacer la ronda por el dique así los demás podían seguir jugando. Se puso el piloto militar, se calzó las botas de lluvia altas hasta las rodillas, y agarrando la linterna se dirigió trotando hacia el dique. Las pilas eran nuevas y la linterna proyectaba un haz de luz sólido y potente. Apuntó varias veces al cielo, notando por primera vez, con sorpresa, cuán lejos podían llegar los ojos. Por supuesto, no se olvidó de echar un vistazo a la regla enclavada en el agua. La superficie aparecía perfectamente tranquila, casi al mismo nivel que las defensas. Este viejo río nunca había corrido tan ancho como hoy. No llovía, y el aire estaba fresco y fragante. Se sacó la capucha para mover libremente la cabeza. La luna y las estrellas estaban veladas, pero se podía ver bien el paisaje y las cosas alrededor. Desde lejos, en forma intermitente, llegaban ladridos de perros y el cacareo de gallos. Ya no pudo contenerse. Se colgó la linterna al hombro y comenzó a correr por el borde del dique, mientras abría los brazos y gritaba salvajemente hacia el río.

Fue así como se produjo su expulsión del grupo. El grito causó un alboroto y una alarma que no había imaginado; la reacción de los que se encontraban adentro jugando a las cartas fue inmediata; al instante, en medio de un tumulto de voces, los focos se habían encendido todo a lo largo de la línea de defensa. Cinco minutos más tarde, los jefes del Cuartel General ya estaban en el lugar y, tras deliberar brevemente, decidieron en el acto

su expulsión. Al mismo tiempo, la unidad de Zhang Deng sería informada de lo sucedido para que le aplicara la amonestación correspondiente.

El hecho reforzó aún más su convicción de que la gran inundación no ocurriría. Tras recibirse de la escuela industrial del distrito, con diecisiete años recién cumplidos, fue asignado a una estación de bombeo ubicada en una zona tranquila. Las oficinas habían sido construidas en un paraje apartado, sobre una pequeña montaña, aunque el término montaña era excesivo, pues se trataba de una modesta colina. Sobre la colina había todo tipo de árboles, además de un pequeño vivero. Al terminar la jornada de trabajo, sólo quedaba Zhang Deng en la estación de bombeo. Como su casa quedaba lejos, no tenía más opción que dormir ahí en una de las oficinas, la última de la hilera.

Al principio, se regocijó secretamente de tener que vivir en ese entorno; nadie le prestaba atención en la estación de bombeo, ya que todavía era un niño, y además se encontraba a mayor altura que las casas de la zona: Zhang Deng pensó que, mientras estuviera ahí, no tenía por qué temer la gran inundación. Después de trabajar, y siempre que no lloviera, con frecuencia se deslizaba ladera abajo en bicicleta, pasaba algunas curvas y llegaba hasta la orilla del río. A veces se arrojaba al agua desde algún lugar cerca del puente metálico y nadaba. El agua rozaba ya la panza del puente. Cerca de ambas orillas aparecía turbia, pero en el medio del río estaba aún transparente,

y Zhang Deng nadaba feliz. Por miedo a la inundación, la gente parecía haber olvidado que ese era justamente el momento del año ideal para nadar. Él no lo había olvidado. En cuanto su piel entraba en contacto con el agua, el peligro le parecía aún más lejano. Extrañaba un poco los días con la Brigada de Emergencia, pero se consolaba pensando que para ese entonces el grupo tal vez ya se habría disuelto, pues de tanto prevenir la inundación el peligro parecía haber desaparecido. Metido en el agua pensó eso y se sintió mejor. Luego levantó la cabeza y vio de golpe dos piernas blanquísimas de un lado del puente. Una muchacha vestida con una falda azul floreada, inclinándose sobre la baranda, miraba absorta la superficie del agua. Le daba pudor seguir nadando pero tampoco tenía el coraje suficiente para salir, y en su confusión tragó sin querer un poco de agua. La muchacha se rio, tapándose la boca con la mano. Se podía ver que era de la ciudad, pero menos afectada que las muchachas de ciudad. Al parecer no planeaba moverse de ahí, y Zhang Deng se encontró en medio del río sin saber qué hacer. Descubrió de repente que no podía nadar, comenzó a hundirse y volvió a tragar agua. Luego, cada vez más agitado, nadó desesperadamente con manos y pies, tratando de alcanzar la orilla. Fue entonces cuando se dio cuenta de la anchura del río. Era tan ancho que las orillas le parecieron inalcanzables.

Esa noche en la estación de bombeo, Zhang Deng continuaba turbado. En su cabeza surgía todo el tiempo

la muchacha con su sonrisa. Sentía que una vaga excitación se apoderaba de él, y que el cuerpo le ardía. Los días siguientes, después del trabajo, se dirigió hasta al puente, incluso con lluvia, pero no volvió a encontrarla. En cambio, descubrió sorprendido que el nivel del río había subido. Tal vez fuera sólo una impresión, pero en todo caso se advirtió que debía estar alerta, porque en su vida habían aparecido dos cosas: una era el agua y la inundación; la otra era esa muchacha cuyo nombre desconocía. Debía investigar en detalle y manejar la relación entre ambas. Su experiencia le había enseñado la necesidad de control. Por el momento, era mejor no ir al puente. Luego de la jornada de trabajo se quedaba en la estación de bombeo: se cocinaba, comía, escribía un diario y dormía. Una noche, poco después, tuvo un sueño. Soñó que andaba en bicicleta, deslizándose, deslizándose. Iba cuesta arriba pero aun así se deslizaba, y deslizándose llegó hasta el puente. La chica, vestida con la misma falda azul, se apoyaba sobre la baranda. Zhang Deng, sintiéndose totalmente desinhibido, pedaleó hasta quedar detrás de ella y frenó con un pie. Tocó la bocina varias veces, luego le dijo: perdona, me he enamorado de ti. La chica giró la cara hacia él y se rio, cubriéndose la boca con una mano. En ese momento Zhang Deng se despertó con ganas de ir al baño. Siguió saboreando, confusamente, el sueño hermoso, tal vez demasiado hermoso, que acababa de tener. Se sentó sobre la cama, listo para levantarse. Entonces, inesperadamente, se encontró con ambos pies en el agua.